

¡CATÓLICOS!

Hoy más que nunca la Iglesia necesita del amor y generosidad de sus hijos.

No seáis sordos al clamor dolorido de la Madre y acudid presurosos en su auxilio.

EL CRUZADO DE LA FE

ADMINISTRADOR

Don Cándido Ledesma Santos
Beneficiado Organista de la S. I. C.

DIRECTOR

Don Jesús Pereira Sánchez
Párroco de Sta. Marina

VICE-DIRECTOR

Don Saturnino Moro Palos
Beneficiado y Profesor del Seminario

Santo Evangelio

1. Estando un día Jesús mirando hacia el gazo-filacio o cepo del templo, vió a varios ricos que iban echando en él sus ofrendas.—2. Y vió asimismo a una pobrecita viuda, la cual echaba dos blancas o pequeñas monedas.—3. Y dijo a sus discípulos: En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado más que todos.—4. Por cuanto todos estos han ofrecido a Dios parte de lo que le sobra; pero ésta de su misma pobreza ha dado lo que tenía y necesitaba para su sustento.—5. Como algunos de sus discípulos dijese del templo que estaba fabricado de hermosas piedras, y adornado de ricos dones, replicó:—6. Días vendrán en que todo esto que veís será destruido de tal suerte, que no quedará piedra sobre piedra, que no sea demolida.—7. Preguntáronle ellos: Maestro, ¿cuándo será eso? y qué señal habrá de que tales cosas están próximas a suceder?—8. Jesús les respondió: Mirad que no os dejéis engañar; porque muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Mesías; y ya ha llegado el tiempo: guardaos, pues, de seguirlos.—9. Antes cuando sintiereis rumor de guerras y sediciones, no queráis alarmaros: es verdad que primero han de acaecer estas cosas; mas no por eso será luego el fin.—10. Entonces, añadió él, se levantará un pueblo contra otro pueblo, y un reino contra otro reino.—11. Y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestilencias, y aparecerán en el cielo cosas espantosas, y prodigios extraordinarios.—12. Pero antes que sucedan todas estas cosas, se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y meterán en las cárceles y os llevarán por fuerza al tribunal de los reyes y gobernadores por causa de mi nombre.—13. Lo cual os servirá de ocasión para dar testimonio de mí.—14. Por consiguiente, imprimid en vuestros corazones la máxima de que no debéis discurrir de antemano cómo habéis de responder.—15. Pues yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría a que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos.—16. Y lo que es más, seréis entregados a los magistrados por vuestros mismos padres y hermanos, y parientes, y amigos, y harán morir a muchos de vosotros.—17. De suerte que seréis odiados de todo el

EN FAVOR DEL SEMINARIO

Causa verdadera pena oír a algunos padres, en cuyas almas luce la antorcha de la fe, hablar del porvenir de los hijos que el Señor les concedió. En los planes que abrigan y en los propósitos que manifiestan, no entra para nada, antes bien se elimina, el elemento sobrenatural. Expresándose en lenguaje enteramente pagano, se muestran preocupados y buscan todos los medios imaginables para que sus hijos lleguen a obtener una posición desahogada; para que puedan hacer frente a todas las contingencias, sin verse expuestos a los peligros de la escasez; para que al menos no les falte, dicen, lo necesario para vivir.

Nuevamente aparece aquí la perniciosa influencia que ejerce la idea equivocada que se tiene de la vida. Porque si de lo necesario para vivir se trata, un cristiano que merezca este nombre, debe considerar como mas necesaria la fe, la virtud, la gracia de Dios, que el grosero alimento que llevamos a la boca, o el vestido que cubre nuestro cuerpo; y sin embargo, por esto únicamente manifiestan los padres solicitud, y a esto limitan sus afanes, no cuidándose de que los hijos sean creyentes, honrados, virtuosos, verdaderos hijos de Dios. Preocupa el porvenir del cuerpo, y el porvenir del alma se olvida.

De lo cual procede que el estado eclesiástico se considere como una de tantas carreras o profesiones a las que el niño puede dedicarse; que se juzgue de todas con el mismo criterio; que en ellas no se atienda más que a los recursos materiales que puedan proporcionar; y como, mirado a través de este prisma, en los tiempos que hemos pasado, el estado Sacerdotal aparecía con notorias desventajas, resultaba que, mientras el personal abundaba en todas las profesiones, y ninguna necesidad individual o social, en el orden de la naturaleza estaba desatendida, solo escaseaban los aspirantes al Sacerdocio, y únicamente pasaban desapercibidas y olvidadas las necesidades espirituales.

mundo por amor de mí.—18. No obstante ni un cabello de vuestra cabeza se perderá.—19. Mediante vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

Cap. 21, w. 1 al 19. S. Lucas.

Urge pues que todos nos demos cuenta de las cosas y todos fomentemos de cuantas maneras podamos las vocaciones eclesiásticas, teniendo en el máximo aprecio el ser llamado al Sacerdocio, o el tener en nuestra familia alguno que tenga esta vocación y que logre llevarla a la práctica.

Esto es un modo eficaz de favorecer al Seminario.

El orden sacerdotal

Consultó un enfermo herpético a un médico, también cargado de herpes, lo que había de hacer para curarse.—Absténgase V., sobre todo, de comer carne de cerdo—le dijo el doctor.—Pocos días después entró el cliente en un restaurant, y vió allí a su galeño sentado a la mesa y saboreando una rica magra. Díjole, pues: ¿No me aseguró V. que esa carne era tan mala para las herpes?—Sí, señor.—Pues ¿por qué la come V., que tiene el mismo mal que yo?—A lo que contestó el médico sonriéndose: porque yo no quiero curarme.

De este caso has de sacar amado lector, un aviso que no todos sacan; y es, que así como hay médicos que saben curar a los demás, quedándose ellos enfermos, por no usar de las medicinas que a otros prescriben; así puede haber médicos espirituales, o sacerdotes, que enseñen muy bien los remedios necesarios a la salud de las almas, quedándose ellos harto achacosos, por no hacer lo que enseñan y predicar a los demás.

Por esta causa decía ya Jesucristo de los Doctores de la ley: *En la cátedra de Moisés se sentaron los Escribas y Fariseos: haced pues lo que os enseñan, pero no imitéis sus obras malas.*

Y para prevenirnos contra semejantes escándalos, permitió el Señor que en su mismo Apostolado hubiese un Judas; para que si algún mal sacerdote nos escandalizase, no pensásemos por eso que fuese falsa o mala la ley divina del Santo Evangelio, ni que ya estuviésemos dispensados de practicarla, solo porque alguno de los que la enseñan no la cumplen como debieran. Me han dicho que tal cura es un hipócrita: pues ya no voy más a misa, ni a confesarme, ni a oír sermón. Mala consecuencia es esta, y muy funesta para tí. ¿Sabes por qué? porque si aquel cura no hace lo que predica, y lo haces tú, él se condenará y tú te salvarás: pero si tú tampoco lo haces, os condenaréis los dos sin remedio; y no le aprovechará a él, para librarse del infierno, el excusarse y decir que ya enseñaba a los demás la Ley de Dios, ni a tí el decir que no la cumplías porque él no la practicaba.

¿A qué viene, pues, traer ahora esas vanas excusas, que en el tribunal de Dios no han de valer para nada? Supongamos que fuesen muchos los malos sacerdotes, que fuesen los más, que fuesen todos. ¿Puede desear ya mejor suposición los más rabiosos ene-

migos del clero? Pues bien: aun en este caso tan imposible, quiero preguntarte: tendríamos derecho para imitar sus malas costumbres, para mofarnos de la Religión, y despreciar el santo Evangelio que predicar? Claro está que no: por que la doctrina de Dios no dejaría de ser tan santa como antes, y tan necesaria como siempre para alcanzar la eterna salvación. Lo verás por un ejemplo: Supón que todos los médicos del mundo fuesen como aquel médico del cuento, que por no querer usar de remedios, se llenasen de enfermedades y se muriesen como moscas. ¿Sería por ventura este mal ejemplo, suficiente motivo para que nosotros hiciésemos lo mismo, y despreciásemos todos los médicos y medicinas, y no quisiésemos curarnos, sino morirnos, y aumentar así el número de los muertos? Eso fuera, dices tú, una grande barbaridad. Pues igual y mayor barbaridad es, sin duda, el no querer usar de los remedios necesarios a la eterna salud y vida del alma, por la torpísima razón de haber médicos espirituales que no se curan a sí mismos; porque eso fuera lo mismo que decir: ya que hay sacerdotes que no se salvan a sí mismos y se condenan, tampoco quiero salvarme yo, sino irme con ellos al infierno.

Con que, ya ves, amado lector, que aquí se trata de tu negocio, y del negocio de tu vida o muerte perdurable. Alerta, pues, en escandalizarte, como tantos necios, por los chismes y sacrílegas calumnias que los impíos publican sin cesar contra los sacerdotes, con el diabólico intento de acabar, si pudiesen, con la Religión.

Esto no lo lograrán jamás: el sacerdocio católico se ha impuesto siempre al mundo, por su sagrada dignidad y por la santidad de sus costumbres. En el martirologio y catálogo de los santos, figuran más santos del orden sacerdotal que de los otros estados; y en las estadísticas de criminalidad, apenas se halla un sacerdote entre miles y miles de criminales. Lo reconocen todos los estadistas. Si alguna vez suena el rumor de un crimen cometido por un sacerdote, todo el mundo se espanta y se llena de horror, como de cosa desusada, extraordinaria, y casi inaudita, porque en efecto lo es: pero si el criminal ha sido un impío, un francmasón, un librepensador, o anticlerical, nadie se maravilla, antes lo oye como la cosa más natural del mundo. Si vas a las cárceles y presidios, hallarás presos y presidiarios de varias condiciones y categorías sociales; el único sacerdote que verás allí es el cura de las almas, encargado de moralizar a los presos.

Finalmente: ¿quiénes son los que más respetan y aman a los sacerdotes? Las personas más honradas y ejemplares de cada población y de toda la sociedad. ¿Quiénes son los que más los vituperan ya borrecen? Los impíos, los masones, y la porción más desgarrada y brutal del pueblo. Es una verdad que está a la vista de todos, y más elocuente que todo lo demás que podríamos añadir.

Porqué soy devoto de la Santísima Virgen

No necesita de razones mi corazón para amarla; pero busquémosla, que es gran consuelo razonar sobre lo que se ama.

ELLA LO MERECE. —¿Qué hermosura corporal tan perfecta como la suya y tan abrigada al mismo tiempo con el nimbo de la pureza? Ni de lejos el mismo Murillo acertó a trazarla. Y la hermosura de su cuerpo es levísimo reflejo de la de su alma. ¿Te enamora en las almas el brillo de la ciencia, la llama creadora del genio? Pues, niña aún y aun antes de nacer, María excedía a todos los sabios en la más alta ciencia y sobrepujaba en inspiración a todos los poetas, entonando sublimes *Magnificat*, que extasiaban a los ángeles. ¿Te enamoran más aún esas virtudes y dones naturales, que al reflejarse en la modesta sonrisa, en la serena y pura mirada, en la dulce y discreta conversación, producen en nuestras almas algo así como en la paz sublime del cielo estrellado en callada noche? Pues ¿dónde hallarlos como en la humilde reina del santo hogar de Nazaret? ¿Te encanta la fortaleza de las heroínas? Pues levanta los ojos al Calvario. Isabel la Católica cayó del caballo desmayada al saber la muerte de su hijo, y era, tal vez, la más valiente de las reinas de la tierra. Pero la Reina de los Angeles estaba junto a la cruz de pie; junto a la cruz donde moría su Hijo y su Esposo y su Dios. Por eso sin duda todos los grandes héroes católicos han sido devotísimos de Nuestra Señora.

¿Estimas en más que todo la gracia de Dios? Lee las vidas de los mártires, de las vírgenes, de los penitentes, de los apóstoles, que asombraron al mundo con sus virtudes, milagros y gigantescas empresas: figúrate, que toda la gracia y todos los méritos, que cada uno de ellos va atesorando hasta el fin de su vida se representa por una montaña de monedas de oro; y que todas esas innumerables montañas se apilan unas sobre otras formando inmensa torre, que llegue de la tierra al cielo. Todo ese tesoro de santidad no llega al que tuvo la Virgen en el primer instante de su Concepción Inmaculada. ¿Cuál sería la santidad que reunió al fin de su vida, cuál la gloria que tendrá en el cielo: puesto que en cada instante de su vida creció en progresión geométrica la gracia, que tenía en el primer instante de su ser?

¿No he de ser yo devoto de la Virgen si es la más excelente de las puras criaturas, la gloria del género humano, que mereció ser escogida para la casi infinita dignidad de Madre del Verbo; aquella a quien el Eterno Padre llama su Hija predilecta y el Espíritu Santo su amada Esposa? Si esa Reina ante quien se postran los ángeles y tiemblan los demonios es mi Madre! Madre sí, verdadera, aunque espiritual, por cuyo medio ha dado Dios a mi alma el ser de la gracia santificante; madre, que de continuo me alienta y

me viste y me recrea y me socorre, y como me trae en sus brazos, con la innumerable multitud de gracias, que a cada paso me distribuye; madre, que me dirige desde el cielo cariñosas miradas y corresponde a mis saludos.

DIOS LO QUIERE. —Dios quiere que seamos devotos de su Madre. Un buen padre, un buen hijo, un buen esposo se goza más en lo que se hace por su hija, por su madre, o por su esposa, que en lo que se hace por él mismo. ¿Qué extraño que Dios se complazca más en los obsequios que por él tributamos a María, Madre, Hija y Esposa suya, que en los que a él mismo tributamos? El es quien desde la cruz nos la dió por madre; El quien puso en sus manos las llaves de todos sus tesoros. Tal es la voluntad de Dios, dice San Bernardo, que todo quiso que lo tuviéramos por María. No necesitaba Cristo tener madre, pero para dármela a mí quiso tenerla. No necesitaba hacerse pequeñuelo, pero quiso ser niño para enseñarme a acariciar y servir a la que El honró con su obediencia y sus caricias. De los 33 años que pasó en la tierra, empleó treinta en enseñarme a obedecer a Nuestra Señora y a vivir en su compañía; tres le bastaron para enseñarme todo lo demás.

YO LO NECESITO. —Necesito ser devoto de María para salvarme. «Es imposible que un siervo de María se condene si fielmente la sirve y se encomienda a su maternal protección» (S. Alfonso de Liguori). «María es el arca de Noé, fuera de la cual no hay salvación» (S. Bernardo).

Necesito ser devoto de María para ser santo: porque como enseña el B. Montfort, la devoción a Nuestra Señora es el camino más corto, fácil y seguro para la santidad: para hallar la paz y dicha en este mundo, aun en medio de las mayores tribulaciones, pues como dice el mismo Beato, la devoción a la Virgen es el almibar con que se endulza la amarga fruta del dolor; para salir pronto del purgatorio, como fundado en la autoridad de la Iglesia, lo espero por el santo escapulario del Carmen: para obtener toda clase de bienes espirituales y temporales, para mí y para mis prójimos: puesto que ella tiene las llaves de los tesoros de Dios y su amor maternal los pone siempre en mis manos.

Además de estas razones que todo cristiano tiene, tengo cien razones particulares para ser devotísimo de María. Porque soy débil y pecador y ella es Madre de misericordia y Abogada de pecadores; porque tengo muchas penas y ella es consuelo de los afligidos; porque tengo oficio de enseñar y ella es luz de las inteligencias; porque tengo que dirigir a otros y ella es Madre del Buen Consejo; porque soy devoto del Corazón de Jesús y las dos devociones están entre sí tan unidas como la flor y el tallo. Porque soy español, y la debo el incomparable beneficio de haber traído a mis mayores la fé y haber fijado su planta en Zaragoza cuando aún vivía en carne mortal; porque llevo en mis venas la sangre de una legión de

héroes y de santos, que debieron a ella su santidad y su heroísmo.

Amo a María, [porque todo lo que amo en la tierra está sellado con su nombre y su imagen santifica todos mis recuerdos queridos. Recuerdo el altar de mi parroquia y la ermita de mi pueblo y el santuario milagroso de mi comarca. Recuerdo aquella imagen, que era el mejor adorno de mi hogar, a cuyos pies me enseñó mi madre a rezar el Ave María, a quien consagré los primeros besos de mi infancia y las primeras flores de mi jardín. Recuerdo aquella imagen del colegio, a cuyos pies aprendí a ser hombre, aquella que arrancó de mi corazón las primeras espinas. Recuerdo aquella advocación milagrosa, que me sanó de la enfermedad que padecía; que me aconsejó en la elección de estado y me puso en el camino de la felicidad. Delante de mí tengo una estampa vieja, casi gastada por mis besos, y porque sobre ella han caído mis lágrimas, en los infortunios de mi patria y de mi familia, en los días de mis más amargos sacrificios; manchada de tinta porque está muy cerca de mí cuando escribo. Si acaso encuentras algo bueno en estas líneas de seguro que ella lo ha inspirado. ¿No tienes, lector querido, alguna imagen semejante, alguna medalla, algún escapulario, que en circunstancias solemnes colocó en tu pecho una mano cariñosa? Dirígela una mirada y haz lo que te aconseje.

N. S. J.

EL ESPIRITU SANTO

Existe un tesoro escondido, una riqueza que no ha sido explotada, ni se aprecia en su verdadero valor; siendo lo más grande en el cielo y en la tierra: EL ESPIRITU SANTO.

Ni el mundo de las almas lo conoce debidamente. El es la luz de las inteligencias y el fuego de los corazones, y si hay tibieza y si hay frío y debilidad y tantos males como aquejan al mundo espiritual es porque no se acude al Espíritu Santo. Su misión en el cielo, su vida, su ser es el AMOR; y en la tierra, llevar a las almas a ese centro del amor que es DIOS. Con El, se tiene cuanto se puede apetecer, y si hay tristeza es porque no se acude al Divino Consolador que es el gozo completo del espíritu; si hay flaqueza es porque no se acude a la Fortaleza invencible; si hay errores es porque se desprecia al que es la Luz; si se extingue la fe, es porque falta el Espíritu Santo.

No, no se le da el culto que se debiera en cada corazón, en la Iglesia entera al Espíritu Santo; y la mayor parte porque se llora en la Iglesia y en el campo de las almas, es porque no se le da toda la primacía que Jesús le dió, a ese Espíritu, a esa Tercera Persona de la Trinidad que tuvo parte tan activa en la Encarnación del Verbo y en el establecimiento de la Iglesia. Se le ama con tibieza, se le invoca sin fervor y en muchos corazones ni siquiera se le recuerda y esto lastima muy hondamente al Corazón de Jesús.

Es tiempo ya de que el Espíritu Santo reine y no allá lejos, como cosa altísima aunque lo es, y no hay cosa más grande que El, porque es Dios conjunto y consubstancial con el Padre y el Verbo; sino acá cerca y en cada alma y corazón y en todas las arterias de la Iglesia.

El día que circule por ca la cristiano como sangre, así de íntimo el Espíritu Santo, se renovarán las virtudes teológicas que languidecen, aun en los que sirven a la Iglesia, por la falta de Espíritu Santo. Entonces cambiará el mundo, pues todos los males que en él se lamentan hoy tienen por causa el alejamiento del Espíritu Santo.

A medida que el Espíritu Santo reine, se irá destruyendo el sensualismo que hoy inunda la tierra; pues nunca enraizará la Cruz, si antes no prepara el terreno el Espíritu Santo; por esta razón, preside la Cruz del Apostolado.

Se buscan en general otros medios para detener la impiedad, para conservar la fe, sostener las inteligencias (maleadas por la corriente de tantas sectas y errores) y se descuida el medio principal el UNICO, el foco de todo lo recto y santo, El que tiene poder para iluminar todas las falsedades y errores de la razón, siendo la misma Sabiduría, la Luz de la verdadera ciencia, el Espíritu de la Verdad, el único que puede comunicar a Jesucristo y delinearle en las almas, dando testimonio del Verbo.

«Por María se va al Espíritu Santo; es el más suave y seguro medio para que El venga a reinar en los corazones».

El Espíritu Santo es el nido del Corazón de Jesús y de la Eucaristía, es el Término del amor, es el lazo de caridad entre el Padre y el Hijo, El que infunde a Jesús en las almas, el Invencible, La Fortaleza de Dios, el Consolador, la luz Indeficiente, el Corazón de la Iglesia, El que la asiste con su verdad infalible, el Autor de la Gracia, el Divinizador de las almas, y y más, mucho más que no podemos imaginar ni entender.

PARA EL "CRUZADO DE LA FE"

— 1937 —

Sr. Cura de Villabuenas.	10,00 ptas.
» » de Villar de Puerco.	5,00 »
Total.	15,00 »

Donativos en favor del Seminario

— 1937 —

Don Agustín Vicente	5,00 ptas.
» Teodoro Ortega	5,00 »
Doña Juliana Hernández.	10,00 »
» Aquilina Peña.	5,00 »
Total.	25,00 »

IMP. F. L. DEL SINDICATO ALFARERO Y VEDADO